

¡Alucina!

Mi vida con Frank Zappa

Pauline Butcher

«La vida y milagros del Zappa más inquieto y revolucionario, la crónica de una etapa fundamental en su trayectoria.»

The Guardian



INCLUYE E-BOOK

¡Alucina!

Mi vida con Frank Zappa

Pauline Butcher

¡Alucina!

Mi vida con Frank Zappa

Pauline Butcher

Traducción de Manuel de la Fuente
y Vicente Forés

Introducción de Manuel de la Fuente

MALASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Introducción

Retrato íntimo de un músico iconoclasta

En 1967, mientras Estados Unidos vivía el «verano del amor», una oficinista de Londres llamada Pauline Butcher recibió el encargo de reunirse con un músico de rock alojado en un hotel de Kensington para ayudarlo en la promoción de su último disco. Pronto descubriría que aquél no era un cometido cualquiera porque, al llamar a la habitación, quien le abrió la puerta fue Frank Zappa. Fascinada por su carisma y cansada de una vida rutinaria, no se lo pensó cuando éste, al cabo de unos meses, le propuso trasladarse a Los Ángeles para trabajar con él en la redacción de un ensayo político. Que a un músico le interesara la política parecía una grata anomalía en quien tenía cierta fama de raro, pensó ella. Pero ahí no quedaría la cosa: una vez instalada en su nuevo hogar, Zappa le confesó su intención de ser presidente del país.

Ciertamente, a Pauline Butcher la esperaban unos años muy intensos: no sólo trabajó para Frank Zappa, sino que vivió con Frank Zappa. El músico acababa de trasladarse a la Costa Oeste con su mujer y su hija recién nacida tras deleitar durante buena parte de 1967 a los neoyorquinos en el off-Broadway con un espectáculo innovador que combinaba el rock con la sátira política y las *performances* del público. Alquiló una casa enorme en Laurel Canyon, a un paso de los estudios de Hollywood, donde se instalaron también su banda, el grupo los Mothers of Invention, y algunos ayudantes. Compartían techo, en total, una docena de personas incluida la nueva secretaria inglesa, que habría de realizar múltiples tareas mientras se iba aplazando la entrega del libro.

Poco sabía entonces aquella chica tímida sobre Frank Zappa. Con el tiempo fue conociendo a un artista de verbo afilado y cultura musical enciclopédica obsesionado con el trabajo, contrario al consumo de drogas y a quien todos calificaban de genio. Había debutado el año anterior con un disco considerado el primer álbum conceptual del rock, *Freak Out!*, en el que esbozaba un retrato demoledor de la sociedad estadounidense de los años sesenta y arremetía contra el sistema educativo del país, la clase política y el inmovilismo de una ciudadanía conformista. Su segundo disco, *Absolutely*

Free, certificaba la subversión consistente en amalgamar diversos géneros y estilos musicales, desde la música clásica hasta el blues pasando por el doo-wop, el rock y el jazz, con el objetivo de apelar a la inteligencia del oyente y superar así la pasividad denunciada en las letras de las canciones. Si la cultura, la política y el sistema educativo estaban podridos, entonces había que sacar a la gente de su letargo.

El magnetismo del músico, que había llevado a Pauline Butcher a cambiar de aires, parecía ejercer la misma atracción en otras muchas personas. Entre el continuo tráfico de admiradores que se acercaban a visitar al líder de los friquis estaban Mick Jagger, Eric Clapton, Marianne Faithfull, John Mayall, Captain Beefheart y miembros de grupos como Pink Floyd o Jefferson Airplane. No obstante, en aquella casa de Laurel Canyon no había espacio para el descanso: en su día a día, la joven británica contemplaba cómo nacían y tomaban forma las canciones, cómo se gestaba la preparación de las giras, la celebración de los conciertos, las entrevistas con los periodistas, las *jam sessions* maratonianas en el sótano hasta altas horas de la madrugada y cómo, en definitiva, se creaba una música maravillosa en un ambiente de completa libertad artística.

Aquejada de un problema de salud, en 1972 decidió volver a Inglaterra. A lo largo de los años mantendría el contacto con Frank Zappa, a quien entrevistaría en 1988 aprovechando la escala inglesa de su última gira mundial. A finales de los años ochenta, Zappa se encontraba en el cénit de su madurez creativa y seguía acariciando la idea de presentarse a las elecciones estadounidenses, sondeando al Partido Libertario y diseñando con asesores de campaña su estrategia como candidato independiente. Su interés era poner fin al neoliberalismo de Ronald Reagan, un periodo que el músico calificaba de «teocracia fascista». El primer paso era la publicación, inminente por fin, del libro concebido dos decenios antes.

Frank Zappa falleció de cáncer de próstata en diciembre de 1993. Aunque nunca conoceremos el cariñoso epíteto que le habría dedicado a George W. Bush, dejó una obra única en la cultura contemporánea. No quería que su música fuese un mero artefacto decorativo, sino que pretendía que expresase ideas, desvelase las mentiras de los poderosos y se riera del orden establecido. A lo largo de casi treinta años (desde 1966 hasta 1993) grabó más de setenta discos, dirigió ocho largometrajes y desarrolló una intensa campaña

a favor de la libertad de expresión, llegando a comparecer en el Senado estadounidense para denunciar la censura cultural impuesta por Ronald Reagan y sus grupos afines. Desde su muerte a los cincuenta y dos años, su legado ha ido creciendo en importancia.

Crítico con el *establishment* y con la contracultura oficial, su obra destaca por el virtuosismo técnico, por las letras ácidas que huyen (como dijo Luis Buñuel refiriéndose a Buster Keaton) de toda infección sentimental y por situarse al frente de la defensa de la libertad individual y los derechos civiles. Es una obra hija y motor de su tiempo, del activismo de Madalyn Murray O'Hair o James Randi, y de la consideración de la cultura como herramienta de reflexión desde el humor en la tradición de Lenny Bruce o George Carlin. En paralelo a las reediciones de sus elepés y la aparición de nuevos discos con material inédito han ido surgiendo multitud de estudios y biografías que confirman el interés por uno de los compositores más reivindicados de los últimos tiempos.

Así, cuarenta años después de orbitar en el universo Zappa, Pauline Butcher decidió contribuir con su testimonio y ofrecer una perspectiva íntima del genio. A partir de la relectura de su diario y las cartas de aquellos años y la consulta de la hemeroteca, redactó este *¡Alucina! Mi vida con Frank Zappa*,* un libro revelador para entender un momento clave en la cultura popular del siglo xx como fue la pérdida de la inocencia del rock. Porque Butcher traza, para empezar, un retrato especialmente cercano de Frank Zappa y los Mothers of Invention aproximando la lupa al periodo que transcurre entre 1967 y 1972. El lector se sentirá trasladado a los tiempos de la «cabaña de madera», será testigo de la creación de discos fundamentales como *Hot Rats*, *Uncle Meat* o *Weasels Ripped My Flesh*; contemplará el rodaje de *200 Motels* (una de las películas preferidas de Michael Moore) y disfrutará con las correrías sexuales protagonizadas por un elenco variopinto que va desde Billy Wilder hasta Jimi Hendrix.

Pero, como siempre ocurre con Zappa, los árboles no deben taparnos el bosque. El libro de Pauline Butcher no se conforma con ser, ni mucho menos, un examen minucioso de la vida del artista. Es, ante todo, un retrato inteligente del final de una época en la que parecía posible cambiar la sociedad.

* Título original: *Freak Out! My Life with Frank Zappa*. (Todas las notas son de los traductores.)

Sus páginas recogen, sin atisbo de nostalgia, el ambiente de finales de los años sesenta, ya que relaciona la trayectoria personal y artística del músico con la deriva política hacia unos tiempos más reaccionarios. Así pues, este texto deleitará no sólo a los fans del rock, sino a todos los interesados en entender cómo era la sociedad estadounidense justo antes de entrar en crisis durante los años setenta.

En este volumen, la antigua secretaria se detiene también en un contexto político donde, con Richard Nixon en la presidencia del país y Ronald Reagan en el gobierno de California, daba sus primeros pasos el neoliberalismo enemigo de la libertad que ejerció siempre Zappa. La inocencia del rock se hizo añicos en pocos meses con sucesos que aparecen aquí recogidos: los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy o la matanza del grupo de Charles Manson. Las noticias de los magnicidios planean sobre estas páginas como una profecía que vaticina la ruptura del sueño, tanto dentro como fuera del microcosmos zappiano. Es curioso comprobar cómo los reveses que sufriría el artista en 1971 (la censura del Albert Hall o la agresión de un fan) reflejan el caos de una época que se extingue. Son hechos que hablan de los nuevos tiempos y con los que la autora concluye su relato porque el resto es ya otra historia que merece ser contada aparte.

Por último, el presente texto funciona como complemento ideal de aquel libro que empezó a pergeñar Zappa al principio de su carrera y que finalmente publicó en su madurez. Aquel ensayo político acabó convertido en autobiografía al incorporar las experiencias vitales vividas entre los años sesenta y los noventa. Apareció en 1989 con el título *La verdadera historia de Frank Zappa* (publicado en castellano también por Malpaso), y con él Zappa inauguraba el género de memorias escritas por músicos de rock. Pionero en todos los campos en los que se adentraba, en lo literario no iba a ser menos: entendió antes y mejor que nadie que el rock, al nacer como una música rebelde, juvenil y contestataria, no se puede deslindar de su contexto social y sirve, en definitiva, de reflejo e intervención en el mundo en que vivimos. De este modo, su libro inscribía su periplo vital en la reflexión social y la acción política estableciendo un canon que han seguido numerosos músicos en sus autobiografías (como David Byrne o Neil Young, entre otros muchos).

Pauline Butcher aporta una visión más íntima al ampliar uno de los capítulos de aquellas memorias (el quinto, en concreto) con una viveza descrip-

tiva comparable a la de la versión radiofónica de su relato. El programa de 45 minutos (titulado *Frank Zappa and Me*) se emitió el 6 mayo de 2014 en BBC Radio 4 con la voz de Ronan Summers interpretando al músico. Pocos meses antes, en octubre de 2013, el Southbank Centre de Londres ajustó cuentas con la historia del rock y estrenó una obra prohibida durante décadas, *200 Motels*. Son actos de justicia con uno de los artistas más innovadores, iconoclastas e insobornables del siglo xx, ejemplo para quienes se resisten a convertirse en meros autómatas, en máquinas de consumo al dictado de los mercados internacionales y los poderes invisibles. Pauline Butcher nos muestra en este libro que existen alternativas, que algunos marcan la ruta para conseguir un mundo más humano y sensato. Porque, como dijo Tony Palmer, un cineasta que también conoció a Zappa durante aquellos años, «en muy contadas ocasiones se cruzan en nuestro camino personas que tienen visión y coraje moral, físico, intelectual o artístico, y lo único que podemos hacer los demás es seguirlos adonde nos lleven». Así lo entendió desde el principio aquella secretaria londinense que decidió, tiempo atrás, decirle adiós a la rutina para embarcarse en una aventura única de la que ahora pueden disfrutar los lectores.

MANUEL DE LA FUENTE

Dedico este libro a mi madre, Ellen Butcher, que durante cuarenta años guardó mis cartas en una caja de zapatos. Sin ellas no habría sido capaz de evocar tantos recuerdos.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi agente, Laura Susijn, por creer en mí; a James Friel, por señalarme el buen camino; a Tom Branton, por su abnegado trabajo de edición; a mi marido, Peter Bird, por conseguir que todo sea fácil; a nuestro hijo, Damian Bird, por su apoyo infinito; a Paul Baxter y a Henry Langley, por indicarme sugerencias y errores; a Ivan Prekajac, por los cambios en la estructura del libro; y a Sandra Wake, mi editora, por la oportunidad que me ha brindado.

PRIMERA PARTE

Completamente libre

El día en que conocí a Frank Zappa empezó con absoluta normalidad; nada hacía presagiar que iba a ser una jornada especial. De haber sido consciente del giro que estaba a punto de tomar mi vida me habría arreglado detenidamente ante el espejo, me habría apresurado en llegar al centro y habría atendido con más ganas el teléfono del trabajo. Pero me desperté sin tener ni idea de lo que me iba a deparar aquella tarde gris y lluviosa de agosto de 1967.

Por entonces trabajaba en una imprenta de Dover Street donde ganaba 10 chelines la hora. No era una de esas imprentas con enormes máquinas y montones de empleados, sino un espacio amplio con máquinas de escribir eléctricas y una veintena de chicas sentadas de cuatro en cuatro. Imprimíamos menús, programas, anuncios, guiones de cine y, en ocasiones, novelas de escritores en ciernes. Al final de la sala, tras una mampara de cristal, dos operarios manipulaban inmensas fotocopiadoras.

Las empleadas no nos limitábamos a mecanografiar textos, sino que íbamos de aquí para allá, a hoteles o viviendas, con máquinas portátiles y cuadernos de notas. Contábamos con clientes importantes: la semana anterior, por ejemplo, había ido a casa del príncipe Beyene, el nieto del emperador de Etiopía Haile Selassie, y acabé llamando al conserje porque lo di por muerto cuando se desplomó borracho en el baño. También trabajé para Margaret, la duquesa de Argyll, que había sufrido el escarnio público de un divorcio muy sonado: la prensa rosa había publicado fotografías de ella desnuda acompañada por varios miembros de la aristocracia. La traumática situación en la que se encontraba era muy evidente: temblaba de tal manera que me contagiaba sus temblores.

Los dueños de Forum Secretarial Services, aquella imprenta donde había siempre una actividad ensordecedora, eran la señora Bee y su diminuto marido, el doctor Lederer, que habían huido de Hungría durante la revolución de 1956. La mujer era bajita y exuberante, y llevaba en el tobillo una cadenita dorada muy atrevida para la moda inglesa de aquella época. Se mostraba muy

atenta con todas, pero nos llamaba la atención si veía que nos distraíamos del trabajo y nos poníamos a hablar entre nosotras.

Aquel día en concreto, el 16 de agosto, se había ido a la peluquería, así que atendí el teléfono cuando sonó la llamada que lo cambiaría todo.

— Llamo del hotel Royal Garden. Tenemos un cliente que requiere los servicios de una mecanógrafa a las seis y media.

— Un momento.

Bajé el auricular y pedí voluntarias, pero todas negaron con la cabeza. Parecía evidente que, como había descolgado yo, me tocaba ir a mí.

— De acuerdo —dije por teléfono—, irá la señorita Butcher.

— Es para el señor Zappa, habitación 412.

¿El señor Zappa? No me gustó nada el nombre, no evocaba el glamur de clientes como Gregory Peck, el dramaturgo Terence Rattigan o el mimo Marcel Marceau. Con todo, el grueso de nuestra cartera no lo formaban las celebridades, sino ejecutivos de grandes corporaciones internacionales, por lo que supuse que el señor Zappa pertenecería a ese grupo. Me imaginé que se dedicaría al comercio de especias.

Recogí con mucha parsimonia mi máquina portátil, metí en el maletín los folios, el papel de calco, el tìpex, los bolígrafos y los lápices, bajé la escalera, pasé por delante del sastre de la planta baja y salí a la fresca brisa estival de la calle, donde paré un taxi con desgana. Ni siquiera los escaparates de Harrods con la última moda en cachemira consiguieron llamar mi atención cuando nos sumergimos en el tráfico de Knighthbridge camino de Kensington.

No es que me sintiera infeliz entonces. Era más bien una cuestión de aburrimiento y monotonía. Tenía la sensación de que, por diversos motivos, me había desviado del oficio de mis sueños: el periodismo. Quería trabajar en una revista musical porque era una oportunidad para llegar a medios más serios; pero, por otra parte, me parecía que esas revistas limitarían mis intereses, que eran muy variados. Se lo comenté a un periodista a quien conocí en una fiesta, Tom Mangold, y cuando le dije que tenía veintiún años me respondió: «Ya eres mayor. Los periodistas sin carrera empiezan a trabajar en los medios locales a los dieciséis». Aquel comentario me destrozó.

Tampoco reunía las condiciones para ser modelo. «Tu cara es muy alargada y con la mirada hacia abajo cuando debería ser hacia arriba», me decían; y era cierto, no me parecía a Jean Shrimpton con su naricilla coqueta.

Me tuve que conformar con algunos desfiles en pasarela sin importancia (pagaban 10 libras la hora) y con darles clases a las modelos (por 1 libra la hora), un sustento precario que redondeaba con el trabajo de secretaria. Tras estar cinco años así y vivir un desengaño amoroso con un novio que me dejó por una sueca, me puse a ahorrar para viajar a algún sitio al año siguiente. No tenía un destino concreto, era sólo una idea indefinida.

El taxista me devolvió al mundo real.

— ¿Has quedado con un chico?

— No, por desgracia es trabajo.

— Si quieres, quedamos un día.

— ¡Vamos! Seguro que estás casado y con seis hijos.

— Siete, y esperando el octavo.

Me reí y así llegué, sonriendo, hasta los ascensores del hotel después de pasar por la puerta giratoria y la recepción decorada con mármol.

Junto a los ascensores había un chico negro muy guapo que parecía Sidney Poitier con barbita. Llevaba traje oscuro y corbata, además de una chaqueta de cachemira por los hombros. Subimos juntos, apreté el botón de la cuarta planta y él marcó el de la quinta. Me examinó de arriba abajo, admirando mi corte de pelo de Vidal Sassoon al estilo de Faye Dunaway en *Bonnie and Clyde*, mis botas altas y mi vestido verde, que remataba con un collar blanco.

— Vaya, ni en California las chicas llevan faldas tan cortas.

Me entraron ganas de flirtear.

— Estamos en Londres, somos la vanguardia de la moda.

— Y yo vengo de Hollywood —dijo—, somos la vanguardia del espectáculo.

— ¿Trabajas en el cine?

— En la música, en el rocanrol.

— Vaya —rebusqué en el bolso y le di una tarjeta azul con adornos florales—. Llámame si necesitas secretaria. También sé taquigrafía —y salí del ascensor.

— De acuerdo, Paa-lín —se despidió mientras se cerraba la puerta.

Lamenté que ese chico no fuera mi jefe. Aun así, me había animado el día y me dirigí alegremente hacia la habitación número 412.

Cuando llamé a la puerta, no me esperaba que la abriera un tipo con un aspecto como aquél: unas greñas de pelo negro le caían por los hombros. Su rostro delgado y alargado aparecía adornado con un bigote espeso y un pego-

te de pelo debajo del labio inferior. Un cuerpo extremadamente flaco se intuía debajo de la camiseta naranja y los pantalones rosa que llevaba puestos. No pude disimular mi sorpresa.

—Lo siento, me he equivocado de habitación.

—¿Paa-lín Butcher? —preguntó con un claro deje estadounidense.

—Sí, ¿está el señor Zappa?

Extendió el brazo para saludarme y me quedé paralizada. ¿Él era el señor Zappa? En realidad, la piel morena y los ojos negros que me miraban le daban un aire mediterráneo que correspondía con su apellido. Nos dimos la mano y me dijo:

—Entra.

Se apretó contra la puerta para dejarme pasar con todas las bolsas que llevaba y nos rozamos al entrar. Se lo veía ligeramente nervioso, como si hubiera esperado a una mujer de cincuenta años con medias gruesas y zapatos planos.

En la habitación había varias personas repanchingadas en las sillas y los sofás de rayas naranjas. Zappa me presentó a su mánager, Herb Cohen; a un periodista inglés cuyo nombre no oí y que llevaba chaqueta sin corbata, y al resto de los presentes, un grupo de chicos con camisetas de vivos colores y vaqueros. A mi saludo general, todos ellos respondieron sin demasiado interés. Me volví buscando el apoyo de Zappa, pero ya se había ido a la estancia contigua, al dormitorio. Aun así, mantuve la compostura. Normalmente trabajaba en habitaciones pequeñas de hotel porque las suites estaban al alcance de muy pocos ejecutivos.

Había una grabadora de casete sobre la mesa. Mientras sacaba la máquina de escribir de la maleta, me dijo:

—Quiero que transcribas las letras de las canciones que hay en la cinta. Lo necesito para mañana.

Llamaron a la puerta del dormitorio y entró el chico atractivo del ascensor, que, al verme, exclamó:

—¡Paa-lín, no jorobes que trabajas para Frank! Oye, ¿cómo consigues siempre a las secretarias más guapas?

Frank Zappa puso gesto de sorpresa, así que enseguida se lo aclaré.

—Nos hemos conocido en el ascensor.

Se dieron un abrazo. Era Tom Wilson. Más tarde supe que había producido el primer disco eléctrico de Bob Dylan, *Bringing It All Back Home*, y tam-

bién la ópera prima de Zappa, *Freak Out!* Por lo visto, acababa de llegar después de sufrir un retraso en el avión. Zappa le dijo que pasara a la salita con los demás; pero, antes de entrar, Tom Wilson me agarró y me dijo en voz baja:

—Es un genio. Pégate a él y llegarás lejos.

Zappa volvió con nosotros y le espetó:

—¿Quién es usted? ¿Es famoso?

Oí algunas risas en la habitación de al lado.

—En Londres no mucho —dijo con modestia—. ¿Conoces esto?

Me enseñó un disco, *Absolutely Free*, en el que su rostro serio ocupaba toda la portada mientras las caras del resto del grupo se asomaban en la parte inferior de la imagen.

—¿The Mothers of Invention? —leí en voz alta—. Qué nombre más raro.

—Somos nosotros —dijo—, los más feos del mundo.

Como quería ser amable, le respondí:

—Bueno, no es para tanto.

Rechazó mi gesto de amabilidad.

—Elijo a mis músicos por su fealdad. Todos van de guapos por ahí y nosotros vivimos de ser feos porque así es la sociedad, muy muy fea.

Me quedé parada y sonrió. A pesar de aquella nariz prominente que resaltaba aún más en su rostro delgado, la frente amplia, las cejas y el bigote tupido le daban un extraño atractivo. Era una criatura rarísima, vestido con colores chillones y con un pelo que parecía el de Carlos II de Inglaterra; pero me impresionaron sus gestos y modales tranquilos, su mirada directa y atenta, su voz grave, que pronunciaba con claridad todas las palabras que salían de su boca. Me moría por contárselo a mis amigas del trabajo. Seguro que se iban a arrepentir de no haber atendido aquella llamada.

Abrí el disco. En el interior había un texto dirigido a los fans: si querían tener las letras de las canciones, tenían que enviar un dólar por correo. El *International Times*, una publicación *underground* de Londres totalmente desconocida para mí, se encargaba de imprimir las letras para los fans. A mí me correspondía la labor de transcribirlas.

Zappa se aseguró de que estuviera cómoda y me sirvió café, una deferencia que muy pocos clientes tenían. Apreté el botón de *play* y salió de repente un galimatías de ruidos. Antes de que me dejara a solas, lo llamé:

—¡Señor Zappa!

— ¿Sí? — se detuvo.

— Seguro que está en inglés, ¿no?

Levantó un poco el labio y sonrió con ironía. Yo también sonreí con des-
caro, me gustó que entendiese mi sentido del humor. Me dio las últimas in-
dicaciones y después se reunió con sus colegas. Me habría quedado más rato
hablando con él.

El primer tema del disco se titulaba «Plastic People». ¿Gente de plástico?
¿Qué sería eso?

Arrancaba con el tono grave de Zappa anunciando al presidente de Esta-
dos Unidos. Empecé a teclear, pero paré enseguida porque no entendía lo
que decían. ¿Era «folló» o «enfermó»?* Era indescifrable, pero seguí ade-
lante. El galimatías era cada vez peor y tuve que escuchar la canción una y
otra vez. Ya podría haber sido como los Beatles o los Rolling Stones, con letras
facilitas como «Love Me Do». En fin, era lo que había.

El siguiente tema, «Duke of Prunes», era aún más confuso. Me gustó por
su elevada carga satírica, pero no les veía sentido a los desenfundados cam-
bios de ritmo. Me rechinaba tanto sonido discordante. Menos mal que a me-
dia canción había una sección de big-band con un compás swingón. Sin dar-
me cuenta, empecé a seguir la música con los pies y me recliné en la silla para
dejar que el sonido me inundara. Me gustaba; el tipo era muy bueno.

De la otra sala me llegaba un ruido tenue de gente hablando y bebiendo.
Presté atención a lo que decían y oí las palabras *Albert Hall*, *Speakeasy* y *Suzy
Creamcheese*. Era maravilloso eso de ser una estrella del rock, crear tu propio
caos y contratar a músicos para que lo organizaran.

Volví a las letras, esta vez iban sobre no sé qué de unas verduras en un
tren. No pillaba nada.

Eran ya las nueve y empezaba a dolerme el cuello. Estaba tardando de-
masiado al tener que hacer las correcciones por duplicado sobre el papel de
calco, así que pensé en transcribirlo todo a mano y pasarlo a máquina al día
siguiente en la oficina. Además, así tendría ocasión de ver nuevamente a
aquel enigmático personaje para entregarle la versión definitiva. Me asomé
por la puerta.

— ¿Señor Zappa?

* Confusión entre «he had sex» y «he's been sick».

Se levantó del sofá y vino a sentarse a mi lado.

—Puedes tutearme, Pauline, llámame Frank.

Sonreí complacida por esa inesperada muestra de intimidad. Le comenté que volvería al día siguiente con la transcripción a máquina.

—Vendré por la tarde porque por la mañana doy clase.

—¿Eres maestra?

—Enseño a desfilar como modelo.

—¿Cómo consiguió Pauline Butcher ser profesora de modelos?

Me sorprendió su interés, que contrastaba con la indiferencia mostrada por la mayoría de los clientes que había tenido en los últimos cinco años. Era muy agradable ver allí a Frank Zappa preocupándose por mí.

—Bueno, me apunté a un curso para modelos y cuando acabé me propusieron dar clases. De repente, me vi con tres trabajos: modelo, profesora de modelos y secretaria a tiempo parcial. Hay días en que voy de cabeza para llegar a los tres sitios. Yo quería ir a la universidad, pero mi padre cayó enfermo cuando estaba a punto de acabar el bachillerato. Lo llevamos a casa de mi hermana en Estados Unidos durante siete meses para que se curase. Ahora me doy cuenta de que tenía que haber retomado los estudios.

Negó con la cabeza.

—No te agobies. La educación a veces te jode la vida.

No estaba acostumbrada a aquel lenguaje, no conocía a nadie que hablara así y la palabra más fuerte que había usado en mi vida era «jelines».

Pero, ¿hablaba en serio? ¿De verdad se manifestaba en contra de la educación universitaria, que merecía para mí más reverencia que el Santo Grial? Puede que el sistema educativo necesitase muchas mejoras, pero me parecía incuestionable lo malo que era carecer de educación. Repliqué de inmediato:

—Sí, pero en Inglaterra las chicas sin carrera sólo pueden aspirar a trabajos administrativos, y lamento muchísimo no haber ido a la universidad.

—Bueno, pues ve a la biblioteca y estudia por tu cuenta.

—Ya lo hago. Leo bastante y veo documentales en la televisión.

Se sacó un Winston de la cajetilla y se lo llevó a los labios. Cualquier inglés habría considerado ofensivo no ofrecer a la otra persona un cigarrillo por cortesía. Me resultó curioso dados los buenos modales que había mostrado hasta entonces.

Empezó a hablarme de su educación, de cómo su familia había seguido a su padre por Maryland, Florida y California cuando éste había cambiado de trabajo.

—Aquello no es que fuera muy agradable porque a los quince años ya había ido a seis colegios distintos. Ni te imaginas las consecuencias. No es muy divertido que digamos cuando encima tienes acné. A ver quién hace así amigos.

Ningún cliente me había hablado con ese grado de confianza que hacía que me sintiese valorada. No quería ser presuntuosa, pero parecía que le caía bien.

Al oír que en la estancia de al lado la gente empezaba a despedirse, dije en voz alta:

—Un momento, que me estoy yendo.

A lo que Frank respondió:

—Eso sería un buen título para una canción.

Todos se rieron de la ocurrencia y yo me sentí orgullosa de haber sido su fuente de inspiración. Frank siguió con su tono jocoso cuando me dio la mano en plan formal y me lanzó a la vez una mirada irónica. Pese a su bigote extravagante, la maraña de pelo y las ropas con colores que no combinaban lo más mínimo, tenía un toque seductor, diferente y único. Me había cautivado.